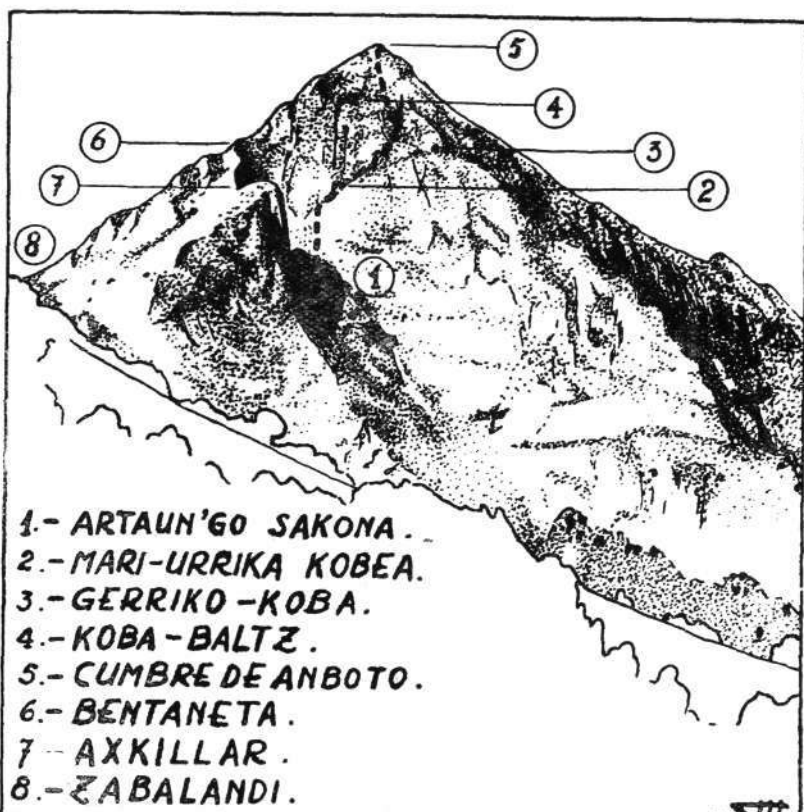


Una bella e impresionanté vista
de la cara Este del Amboto.

Foto E. Morrondo



LA CONQUISTA DE LA PARED ESTE DEL AMBOTO

A MIS COMPAÑEROS DE CORDADA.

J. S. M.

Han transcurrido muchos años desde que, con una técnica muy rudimentaria, abrimos la vía de la arista Sur-sudeste del Mugarra; sin embargo, nos hemos sentido insatisfechos hasta conseguir una ruta más loable y céntrica en la cara Sur. Logrado lo que anhelábamos, nos queda la incertidumbre de la pared Este del Amboto. ¿Será posible abrir una vía en aquella inmensa placa vertical de losa caliza, que hoy se presenta a los escaladores como «el último problema del Duranguesado»?

Desde aquellas escaladas de antaño, en que no se contaba con la moderna técnica, las vertientes más abruptas del Duranguesado han ido entregando su invencibilidad a la férrea voluntad de algunos hombres. Y hoy, entre los abismos de las peñas de este sistema montañoso, solamente el legendario Amboto conserva una vertiente inexpugnable, precisamente aquella que la leyenda le atribuye como morada de la Dama más popular en la mitología vasca. Por estas razones no podía huir a la objetividad de los escaladores.

* * *

Víspera de Santiago, 1955; la muchedumbre se prepara para festejarlo en el próximo barrio, apenas el alba comienza a iluminar el valle que se anida en el regazo del corpulento Amboto. Hemos pernoctado en el caserío Kiputxa. Empiezan a resplandecer los primeros rayos del astro solar cuando subimos jadeantes bajo el peso de las voluminosas mochilas por pronunciadas pendientes pobladas de hayas seculares. Junto al último grupo de árboles, al comienzo de la pedriza de Artaun'go-arro, tras ingerir algún alimento, dejamos los morrales y con el indispensable equipo de escalada continuamos la ascensión por pendientes rocosas para internarnos en Artaun'go-sakona.

Artaun'go-sakona, es un semicírculo, cual

un pequeño valle en forma de U, como si hubiese sido excavado por el glaciar y se halla a una altitud de mil metros justo en la base de la pared Este, ubicada entre las vertiginosas aristas de Arrázola y Zabalandi, que dan a la montaña, vista desde oriente, el esbelto aspecto de pirámide. La última de estas aristas, hacia su mitad, es horadada de parte a parte por el covarón de Bentaneta (muchos la confunden con el ojo de Axkillar que se encuentra en el espolón del mismo nombre) y cerca, un poco más abajo, la arista se bifurca para originar el espolón de Axkillar que se prolonga hacia el Norte para formar el aludido semicírculo rodeado de formidables precipicios.

Detenidamente estudiamos la vía a seguir, que, desde este lugar parece más fácil de lo que en realidad resulta. A pesar de la facilidad de los primeros metros, comenzamos encordados; mientras un asombrado pastor, hace cruces por nuestro proyecto.

A unos quince metros nos reunimos en una plataforma; de allí sigo unos metros por una especie de corredor herboso que a medida que se eleva se torna más vertical exigiendo el empleo de clavijas como norma de seguridad. La hierba obstaculiza la apreciación de rendijas y paso hacia la derecha a plena roca, donde he de hallar más seguridad. Unas lajas me proporcionan asideros y subo a placer a fuerza de brazos. La cosa va cobrando seriedad. Me detengo en estrechísima repisa ante una lisa placa; la cuerda de cuarenta metros toca a su fin y ha de subir el segundo para el relevo. Llega Lusarreta con el cual comparto la repisa; le sigue Aguirregomezcorta y al llegar éste, debo desalojar el sitio. A doble cuerda continúo a base de clavijas porque las presas son insuficientes. Mientras Lusarreta protege mis operaciones, Aguirregomezcorta asegura a Llanos en su labor de «barrendero». Subo a tracción artificial auxiliado con estribos; gra-

cias a este sistema es posible trepar por la pulida llambria; la falta de fisuras hace cada vez más problemática la colocación de pitones; sólo dos metros me faltan para superar esta placa y no hay grieta alguna.

En estos menesteres, el tiempo vuela vertiginoso, el bochorno es algo terrible, el sol que nos da de espalda refleja sus radiaciones en la pared aumentando considerablemente su calor. Sentimos nuestros cuerpos como colocados en un asador y el sudor chorrea abundantemente.

Llanos, afectado por el sol y cansado en la recuperación del material, llega hasta donde están los otros y decide abandonar la escalada. Con una de las cuerdas, llega en dos «rappels» hasta lugar seguro, para ser espectador de nuestra ascensión.

Por mi parte, insisto con tozudez en vencer la placa. Acudo a toda clase de recursos y después de mucho maniobrar en posiciones incómodas, busco la forma de introducir un centímetro de una clavija extraplana, en sentido opuesto, o sea de abajo para arriba, en una delgada lámina incapaz de resistir un martillazo más. Dudo de que me sostenga pero no hay más remedio que decidirse; colocado el estribo, piso los peldaños con liviandad. Afortunadamente me aguanta. En la parte alta hay un manojo de hierbas a las que trato de dar alcance; justo me llegan los dedos; una escarpia se adhiere con solidez y no sin trabajo, rebaso la placa; no encuentro lugar confortable para detenerme y sigo por una corta y estrecha grieta con hierba en su cabecera. Llego hasta ella y tengo que aprovechar su dudosa consistencia para agarres de las manos; la hierba se quiebra al impulso y voy cambiando de sitio primero una mano y luego la otra.

Ahora siento las consecuencias del azote del sol, que me ha dejado sin fuerzas. Me encuentro incapaz para subir a pulso; mis energías llegan a su límite y por unos momentos temo desfallecer. Persisto en mantener la lucha que hace tiempo vienen sosteniendo la voluntad que quiere elevarse y los brazos que amenazan con soltar. Pero una vez más, consigo imponerme con un supremo esfuerzo para rebasar el paso.

Más arriba, a veinticinco metros de mis compañeros, me sitúo bajo un ligero saliente. No encuentro forma de descansar y me afian-

zo del estribo sujetado de una clavija. Agotado el material, pido relevo. Pasada la cuerda del mosquetón, aseguro al segundo. Al llegar éste, he armado un tinglado de cuerdas, que nos entretiene media hora.

Entretanto la atmósfera ha cambiado; empieza a reinar un viento borrascoso; negros nubarrones han ocultado el sol, haciéndose dueños absolutos del espacio. Nuestros cuerpos, asados al sol, se alivian, pero la patética tempestad se avecina velozmente.

Paquito ocupa mi puesto en el estribo y con un paso de hombros sobre él, empiezo a trepar franqueando el saliente; luego, la hierba tapa las rendijas y me obliga a vencer en escalada libre considerables trechos con algunos pasos comprometedores, pero más adelante los agarres empiezan a abundar y voy progresando con rapidez hasta unas repisas inclinadas y herbosas que suben en diagonal a la cueva de la misteriosa Mari Urrika (nombre que los naturales dan a la Dama de Amboto). Empiezan a caer gruesas gotas pero, por fin, con un pitón consolido la cuerda a mis compañeros y tengo la dicha de poder sentarme.

Reunido el tercero con el segundo, éste viene hacia mí.

La lluvia arceja, centellean los relámpagos y los truenos hacen temblar la montaña. Seguramente el pastor de esta mañana los atribuye a negros designios de Mari Urrika, por haber violado su morada. Como la tormenta viene por el Oeste, los desplomes nos guardan bastante de la lluvia, aunque no por eso nos libramos de la caladura.

Llega Aguirregomez corta para regalarme el ramillete de clavijas torcidas. Siguiendo las repisas, a una veintena de metros alcanzo la cueva de la Dama, a las 17,15 horas.

Volvemos a reunirnos bajo el umbral de la cueva, al resguardo del aguacero. Dice la leyenda que la Dama suele pasar temporadas en Oiz, Gorbea, Udalaitz y Aitzgorri: debe encontrarse ausente en alguno de esos sitios, o tal vez veranea en cualquier playa. ¿Quién sabe? No en vano practicó el turismo antes que nadie.

Hace tiempo que mi estómago está gimiendo. Con un poco de agua que nos queda en la cantimplora pensamos liquidar el contenido de la mochila, pero con gran pena vemos cómo el material de reserva que lle-

vamos en ella, ha abierto un boquete para evacuar al abismo los escasos alimentos de que disponíamos. Tenemos que contentarnos con el último sorbo de agua.

Una estrecha cornisa une la cueva con el túnel natural de Guerriko, que perfora de flanco a flanco la arista de Arrázola. Unos momentos hemos vacilado en salir por el de la pared, para continuar mañana el resto de la escalada; pero, tanto el interés de llegar a la meta en una jornada, como la apariencia más fácil del tramo que nos falta y el aspecto calmoso que toma la tempestad, nos han hecho recobrar el optimismo inicial.

Elegimos el punto de ataque entre la cueva y el túnel, y con brío acometo en escalada libre, para ganar tiempo, un trozo de pared muy vertical, donde los agarres son pocos y diminutos. Luego voy hacia la derecha por unas repisas llenas de ortigas, a coger un corredor herboso en declive. Nos reunimos en su base. Este corredor resulta un «paso de vacas», como vulgarmente se dice en términos de escalada, y desemboca a una chimenea de unos quince metros, completamente vertical, para acabar extraplomada. Cuando el tercero se va aproximando, empieza a descargar la tormenta, esta vez, más violentamente que la anterior. La concavidad de la chimenea nos sirve de techo para guarecernos y, encaramados a lo largo de ella, esperamos a que se apacigüe el temporal.

Entretanto, vemos cómo caen muy cerca los rayos; la lluvia se torna diluvial; por las paredes de la chimenea que nos preserva del viento huracanado, chorrea el agua. Recuerdo haber leído a un poeta que las nubes solían ir cargadas de felicidad, y ahora, al contemplar el espectáculo de las desatadas fuerzas de la Naturaleza, comprendo que él no conoció estas que se proveen en el Cantábrico.

Transcurre más de media hora hasta normalizarse el estado atmosférico; el ruido ensordecedor del trueno se aleja y se difumina, la lluvia va menguando paulatinamente y antes de que cese del todo, reanudo el avance por la chimenea.

Llego al techo y comienzo a pitonear. Faltándome poco, con ayuda de un estribo procuro salirme a la izquierda en paso de flanco; el primer intento es fallido; las manos no se afianzan en los redondeados y,

para colmo, mojados agarres y el calzado, de goma, pierde la habitual adherencia en la roca, dando la sensación de que actúo en pared de hielo. Con otra clavija más alta, consigo desbordar. Salvo unos metros más factibles y me veo ya fuera de la pared, a muy poca distancia de Koba-baltz.

Uno tras otro, llegan mis compañeros. Rápidamente enrollamos las cuerdas para dirigirnos a la cercana cumbre; en el trayecto vamos bebiendo el agua de lluvia encharcada en los pequeños hoyos de las rocas, para amortiguar la sed. A las veinte horas, hollamos la cumbre, donde nos damos un fuerte abrazo.

En vista de que se acerca otra oleada tormentosa y ante la proximidad de la noche, abandonamos la cúspide para perder altura por la arista de Zabalandi. Bajamos de prisa y al llegar a Bentaneta, echamos una ojeada a la pared, siendo la vista verdaderamente impresionante. Proseguimos el descenso por la arista. De nuevo nos visita la lluvia. Mis dos amigos corren como cabras y quedo rezagado. Al llegar en penumbra al collado de Zabalandi, pierdo de vista a mis compañeros. Bajo por un hayedo desviándome ligeramente hacia la izquierda. En tinieblas, doblo el espolón de Axkillar por su parte inferior, y al cruzar la pedriza de Artaun'go-arro, oigo los voces de ellos, en el lugar donde esta mañana dejamos los morrales.

Con alegría, veo que nuestro amigo Llanos nos ha esperado. Su servicio como «sherpa» nos va a ser necesario. Carga él la mochila más pesada y sin tiempo para un bocado, estamos ya en marcha.

La noche es muy oscura y ninguno tenemos linterna; con hambre y sed, queremos bajar a prisa por caminos resbaladizos por el barrizal, sin poder evitar las espectaculares caídas y hasta algunas zambullidas en zarzales. Así descendemos en dirección a las diminutas lucecillas de las casas de Arrázola, que se vislumbran desde los claros del bosque, afrontando todas las vicisitudes de las grandezas y miserias de nuestra victoria.

A las 23,30, entramos en el caserío Kiputxa, donde somos acogidos calurosamente por la simpática familia.

JUAN SAN MARTIN

del C. D. de Eibar.